

Il surgido en los Estados Unidos lo que se llama «el poder negro». No se sabe bien qué es, en qué consiste. En principio, es una frase. En un país que ha sabido convertir un idioma reflexivo, lento, matizado y elíptico —el inglés— en una organización de frases rápidas, contundentes, directas, expresivas —el «slogan», que en el escocés original significaba «grito de combate»—, una buena frase es ya una batalla ganada. Se atribuye, sin ninguna seguridad, al «SNCC» —que ellos pronuncian «sniék»—, siglas de «Student Non-violent Coordinating Committee», o comité no violento de coordinación de los estudiantes. El Comité lo fundaron en 1960 quince estudiantes negros de la Universidad Shaw, en Carolina del Norte: hoy tiene un ejecutivo formado por 250 graduados que dedican a él todo su tiempo por un simple salario de subsistencia —25 dólares por semana— y puede movilizar miles de estudiantes. Su fuerza está en su influencia intelectual. Tiene una base doctrinal: rehúsa el diálogo con la «América blanca» y trata de organizar unas instituciones paralelas a las ya existentes, formadas por negros y exclusivamente para negros: escuelas, cooperativas de producción y de consumo, partidos políticos. «No basta —dice— convencer al blanco de que nos ame; debe vernos, saber que estamos aquí». Rehúsa la corrupción de los mitos americanos —el dinero, el éxito, el brillo social— y declara que su fuente está en las «gentes sencillas». Muchos blancos antirracistas lo han abandonado: les parece una organización utópica e irresponsable. Se le ha acusado de recibir influencias comunistas. Sin embargo, a partir del verano de 1964 —cuando organizó las manifestaciones por un «Mississippi libre», que costaron la vida a tres de sus miembros, asesinados por los racistas— ha obtenido gran estima por parte de la «nueva izquierda» de los Estados Unidos. Se le atribuye un documento aparecido el invierno pasado que puede ser un antecedente del «poder negro». «Para conseguir la liberación, debemos separarnos de los blancos», dice ese documento. «Tenemos que crear nuestras propias instituciones, socieda-

Johnson no sería hoy presidente sin los cinco millones de votos negros de noviembre de 1964, sin los sufragios masivos de los «ghettos» negros de Nueva York, Los Angeles, Chicago. Estamos en vísperas de elecciones legislativas en los Estados Unidos: los votos de los negros tienen peso. La única posibilidad de apartarles de las urnas electorales es asustarlos. Allí donde los negros se manifiestan o protestan, los activistas blancos responden con el terror. El terror se hace mutuo. En Chicago —que es probablemente la capital mundial de la violencia y el asesinato, según la historia reciente— una manifestación de 350 partidarios de los derechos civiles —pacíficos— fue asaltada por más de tres mil blancos, que lanzaban piedras y botellas. Una de las víctimas fue el pacífico y dulce Dr. Martin Luther King, quien exclamó: «No he visto jamás tal explosión de odio: ni en Mississippi, ni en Alabama. Nunca he visto tanto odio como aquí, en Chicago». Viejas banderas del Sur ondeaban en las filas de los blancos, que llevaban pancartas en las que se leía: «La única manera de acabar con los ghettos negros: exterminar a los negros». Una blanca dijo al reporter del «New York Times», señalando un grupo de monjas —blancas— que figuraban entre los 350 antirracistas: «¿Ha visto usted esas monjas? Nunca me he escandalizado de esta manera. Deberíamos haber lanzado nuestras piedras contra ellas. Y le aseguro a usted que me considero muy buena católica». «Como si estas revueltas no fuesen suficientemente aterradoras —escribe desde Chicago Nicholas von Hoffman en el «Herald Tribune»— el Chicago blanco oye declarar a su Policía que los combates en el West Side proceden actualmente de una «conspiración paramilitar». (Esto es, de un golpe preparado por los negros organizados en milicias.) El «Chicago's American» —que tan triste historia tiene como uno de los orígenes de la guerra entre España y Estados Unidos en 1898, cuando pertenecía a Hearst— dice que «Fidel Castro está tras todo esto».

Por
EDUARDO
HARO
TEGLEN

COLONIALISMO A

des de crédito, cooperativas y partidos políticos; tenemos que escribir nuestros propios libros»; de esa manera se evitará caer «en los tentáculos del complejo del poder blanco que controla este país». (La antítesis del «poder blanco» es el «poder negro». La frase no figura en el documento explícitamente. Ha surgido hace apenas un mes, y domina la grave actualidad racial de los Estados Unidos.) «Aclaremos —dice más adelante— que nuestra posición no contiene odio ni sentimientos raciales contra los blancos; se trata simplemente de un método para resolver nuestro problema nacional. Sabemos que vamos a ser acusados de racistas, pero los blancos que son sensibles a nuestros problemas admitirán que estamos obligados a determinar nuestro propio destino». El principio es, naturalmente, dudoso. Se puede difícilmente concebir un país de 200 millones de habitantes donde una minoría de 20 millones tienen un poder independiente, aunque no sea hostil. Hay precedentes en el mundo. Uno puede ser la India. Pero la India es una catástrofe administrativa y vital y sus más esclarecidos gobernantes y pensadores han luchado —y luchan hoy— contra esa disgregación que de cuando en cuando se resuelve en baños de sangre. Otros países de África y de Asia ofrecen un cuadro de minorías relativamente independientes. Pero el equilibrio nunca se ha resuelto definitivamente. Y más difícil es de concebir dentro de una sociedad opulenta como la americana.

La base intelectual del «poder negro» es, como se ve, un método, una doctrina. Está patrocinada por una entidad que se considera —en su propio nombre— como «no violenta». Es por lo tanto difícil identificarla con la nueva y trágica ola de disturbios raciales que está sucediendo. Pero la definición, el «slogan», tiene dentro una carga de dinamita. «Poder negro» es una expresión en la que se ve redimida una raza frustrada, humillada, asesinada, burlada, oprimida. Las leyes de derechos civiles creadas por Kennedy y Johnson no han tenido una eficacia real en la vida de los negros. Pero les han dado nuevas fuerzas, nuevas esperanzas. Antes reclamaban un derecho simplemente humano, simplemente filosófico. Ahora reclaman lo que la ley les debe. Ya pueden votar. Sus votos cuentan de una manera muy poderosa en muchos Estados. Los políticos no se enfrentan con ellos.

Es inútil repetir lo que realmente está detrás de todo eso. Se ha dicho muchas veces, se ha desmenuzado en estas mismas columnas. Lo que hay detrás de eso son dos siglos y medio de una de las tragedias colectivas más espantosas que haya presenciado nuestro tiempo. Desde que en 1619 una fragata holandesa vendió al colono inglés John Rolfe los primeros veinte negros —es la primera constancia histórica de la aparición de la esclavitud en lo que hoy llamamos Estados Unidos— hasta hoy que hay veinte millones de seres oprimidos. Lo que hay detrás de eso es una guerra civil de cuatro años largos, de millares de muertos —140.000 en los campos de combate—, porque el Sur no quería admitir el movimiento abolicionista del Norte. Y no quería admitirlo porque sus cuatro millones de esclavos, que hubiesen sido liberados, valían tres mil millones de dólares; y cada vez que oigan ustedes hablar de la hidalguía del Sur, del mundo dulce y brillante de «Lo que el viento se llevó», no olviden que todo estaba sostenido por tres mil millones de dólares de carne humana. Lo que hay detrás de todo eso es que el paro forzoso en los negros es dos veces más elevado que en los blancos; que 98 por ciento de los niños negros están condenados a la segregación escolar; que aun cuando puedan asistir a escuelas para negros, les está vedada la instrucción superior; que una de cada seis viviendas de los negros es inmundicia, mientras que en los blancos la proporción es de una por 32; que la renta por cabeza entre los negros es inferior en un 53 por ciento de la de los blancos; que la vida media de un negro es siete años más corta que la de un blanco. Todas estas cosas son las que están detrás de los problemas raciales de los Estados Unidos. Recordarlas una vez más no es inútil. Es, si se tiene vergüenza, obligatorio. Como es obligatorio recordar que todo no es más que una cuestión económica y que ciertos grupos del país más automático del mundo necesitan mantener en una esclavitud disfrazada a veinte millones de personas. El presidente Kennedy luchó hasta su muerte por conseguir la integración racial; el presidente Johnson continúa la lucha, rodeado de un grupo de gobernantes, senadores y congresistas y sostenido en este caso por las mentes más esclarecidas del país. Pero el problema no es solamente un problema legal,

PANORAMA INTERNACIONAL

no basta con las leyes. La integración hay que conseguirla prácticamente a la fuerza. Y quizá la misma fuerza pública falla —está fallando gravemente— en los Estados donde se presentan los disturbios.

El senador Edward Kennedy —el más joven de la familia— ha hecho en pleno Mississippi —el Estado más atrasado y más esclavista de la Unión— unas declaraciones muy sinceras. «Puede ocurrir que no tengamos tiempo que perder si queremos evitar una crisis racial en este país». La frase peca de optimista. El tiempo quizá se haya perdido ya. La crisis racial tiene muchos años de existencia. Es algo más que una crisis racial lo que habría que evitar: es, prácticamente, una nueva guerra civil. Que sería, en el fondo, la misma guerra civil de 1861-1865, que fue mal saldada, que no liberó a los negros, que dejó los odios vivos. Se veían banderas de la Confederación —banderas del Sur secesionista— entre los manifestantes blancos de Chicago. ¿Qué propone Kennedy para ganar ese tiempo que se está perdiendo? Un programa masivo de ayuda a los negros americanos, creación de empleos para el verano, organización de distracciones para los jóvenes negros —el paro alcanza masivamente a los que tienen entre catorce y diecinueve años de edad—, una nueva política de viviendas, de empleo, de escuelas... ¿De dónde ha de salir el dinero? Lo dice Edward Kennedy: «Nos estamos gastando dos mil millones de dólares al mes para defender la libertad de catorce millones de hombres en el Vietnam del Sur. ¿Por qué no habríamos de hacer el mismo esfuerzo por los veinte millones de hombres de raza negra que viven aquí mismo, en América, y cuya libertad está amenazada?». La alusión al Vietnam era inevitable. Los mismos dirigentes del SNCC colaboran con las organizaciones pacifistas y de la «nueva izquierda» en las manifestaciones contra la guerra del Vietnam —y ésa es una de las bases que sirven para acusarles de estar influidos por

DOMICILIO

el comunismo—. Para muchos negros existe una especie de puente sentimental entre su raza oprimida en Estados Unidos y la raza amarilla bombardeada en el Vietnam (en muchos países del llamado «tercer mundo» existe también un sentimiento parecido, el de que la actuación de Estados Unidos en Vietnam obedece a que se trata de una raza considerada como inferior, y que el movimiento está emparentado con el colonialismo). De una manera general, los dos temas aparecen ligados. Todo aquello que en Estados Unidos es liberal —agrupando en esta denominación tan amplia y tan vaga una amplia gama de mentalidades— está a favor de los negros y en contra de la guerra del Vietnam; sin embargo no todo lo que es conservador considera del mismo modo los dos actos. Muchos partidarios de la sumisión de los negros creen en cambio que habría que retirarse del Vietnam porque «es una trampa» o porque Estados Unidos deben regresar al aislacionismo y abandonar el mundo a sus propios problemas.

Es estremecedor ver como un país con una inteligencia fresca y nueva, con una capacidad creadora prácticamente sin límites, con el auxilio técnico y científico más importante que haya conocido la historia, se está disgregando, se está aniquilando encerrado en dos problemas anacrónicos, que él mismo ha combatido en otros países: la esclavitud y el colonialismo (la esclavitud es un colonialismo a domicilio; el colonialismo es una esclavitud lejana en la que la metrópoli no ve a los esclavos, pero se beneficia de ellos). Ocurre en estos momentos con los Estados Unidos como nos pasa a veces en la observación de personas con rasgos geniales, que serían auténticos genios si una neurosis no les impidiese llegar a la integración, a la verdadera coordinación de todos sus esfuerzos. El problema negro, el problema de la guerra en el sudeste asiático, ejercen una especie de poder paralizante en los Estados Unidos que parecen impedirles cualquier clase de solución, en cualesquiera de los sentidos que se abren, y que de una manera insidiosa y no demasiado lenta se infiltra en todo el organismo de la nación. Es, probablemente, una de las crisis por las que han pasado todos los imperios en sus momentos culminantes. Puede ser pasajera. Pero cualquier error en la forma de abordarla puede hacerla mucho más grave.

CARVIS para Solriza



**mi hombre tiene ese algo
tan... tan de hombre**

Suaves y deslizantes
afeitados eléctricos, aún
en días de calor y
humedad! ELECTRO
MASAJE KAMEL
facilita definitivamente
el pasado de la máquina
eléctrica, dejando su
rostro suave y
recientemente natural.
Casi perfumado. Con
ese algo tan... tan de
hombre.

ELECTRO MASAJE

kamel

(SOLRIZA S. A.)

para el sexo (muy) fuerte

Es un producto de la serie KAMEL